

que he escrito ha sido después de madura reflexión y á largos intervalos, reduciendo á la más estricta medida las repeticiones á veces indispensables para el encadenamiento, y de las cuales no puede prescindir ningún filósofo en sus escritos; por eso, la mayor parte de mis pensamientos no están enunciados más que una sola vez. He aquí por qué, cuando se quiere aprovechar mis enseñanzas y comprenderlas bien, es necesario leer todo lo que he escrito. Esto no es necesario, sin embargo, cuando se trata de juzgar y criticar mis obras; la experiencia me lo ha demostrado sobradamente, y deseo que sigan hallando gusto en ello los que se dedican á este pasatiempo.

El espacio que ganamos en este libro cuarto de los complementos por haber eliminado los dos importantes asuntos antes indicados, nos viene muy bien, pues las cuestiones que importan á todos los hombres y que forman, como últimos resultados de todo sistema filosófico, la cúspide de la pirámide, se presentan formando una multitud en este último libro, y es, por lo tanto, conveniente que disponga de más amplio espacio para cimentarlas sobre más amplias bases y exponerlas con mayor precisión. Además, esta circunstancia me ha permitido discutir aquí, como cosa perteneciente á las investigaciones sobre la voluntad de vivir, un asunto de que no traté en el libro cuarto del primer volumen y que ha sido descuidado por todos los filósofos que me han precedido; me refiero á la significación íntima y á la naturaleza propia de ese amor sexual que se eleva á veces hasta convertirse en la más violenta de las pasiones. Admitir tal asunto en aquella parte de la filosofía que trata de la moral, podrá parecer paradójico, pero se rectificará esta opinión tan pronto como se advierta la importancia de dicha cuestión.

## CAPITULO XLI (1)

### DE LA MUERTE Y DE SUS RELACIONES CON LA INDESTRUCTIBILIDAD DE NUESTRO SER EN SÍ

La muerte es el verdadero genio inspirador ó el *Musa-geta* de la filosofía. Sócrates la definió: θανάτου μελετη. Sin ella es probable que no se hubiera pensado nunca en filosofar. Es, pues, legítimo y natural que este cuarto y último libro, el más serio é importante de todos, comience por un estudio especial acerca de esta materia.

El animal vive sin conocer propiamente la muerte y puede decirse que el individuo goza directamente la inmortalidad de la especie, en el sentido de que se considera eterno. En el hombre, la razón nos da la certeza aterradora de la muerte. Pero así como en la naturaleza cada mal lleva consigo su remedio, ó por lo menos su compensación, así acontece también que esa reflexión que nos enseña á conocer la muerte, nos conduce igualmente á consideraciones metafísicas consoladoras, que el animal no necesita y que son inasequibles para él.

Las doctrinas religiosas, no menos que las doctrinas filosóficas, tienden á producir ese resultado, aspirando

(1) Este capítulo se relaciona con el § 5 del primer volumen.



á ser, ante todo, el antídoto que la razón nos ofrece contra la certeza que nos da ella misma de la muerte. Lo que varía mucho es la medida en que cada una de esas doctrinas cumple su fin, pues es indudable que esta religión ó esta filosofía podrán mejor que tal otra poner al hombre en situación de contemplar la muerte cara á cara con tranquilidad.

El brahmanismo y el budhismo, que enseñan al individuo á considerarse como el ser primitivo, como el Brahm, al cual son, por su esencia, ajenos el nacer y morir, tendrán mucha mayor eficacia en este respecto, que otras religiones que le dicen que el hombre ha sido creado de la nada y que hacen comenzar su existencia, recibida de manos de otro, en el preciso día en que vino al mundo. Por esto las poblaciones de la India muestran una firmeza y un desprecio de la muerte incomprensibles para un europeo.

Es cosa grave, en efecto, imponer al hombre nociones pobres é inconsistentes sobre asunto tan importante, enseñándoselas desde la edad más tierna y haciéndole, de este modo, incapaz para admitir otras más exactas y más sólidas. Enseñarle, por ejemplo, que ha sido creado recientemente de la nada y que, por consiguiente, durante una eternidad no ha existido, sin perjuicio de lo cual, en lo sucesivo va á existir eternamente, es lo mismo que enseñarle que siendo enteramente obra de otro, va á ser, sin embargo, responsable durante toda una eternidad de lo que haga ú omita. Cuando la razón se desenvuelve, cuando una reflexión más madura que la de los primeros años le muestra que tal doctrina es insostenible, no encuentra nada mejor con qué sustituirla, nada que le sea dable comprender, y de este modo resulta que se le ha despojado de una compensación que la naturaleza le ha-

bia reservado para consolarle de la certidumbre de la muerte. Las consecuencias de esta educación moral las vemos producirse bajo la forma de socialismo entre los obreros corrompidos de las fábricas de Inglaterra y bajo la forma de neo-hegelianismo en Alemania, entre los estudiantes, no menos corrompidos; á unos y á otros les conducen á considerar la vida desde el punto de vista abyecto y puramente material que se resume en estas palabras: *edite, bibete, post mortem nulla voluptas*, y que no puede menos de calificarse de bestial.

Es cierto que en Europa, al menos, á consecuencia de lo que se enseña sobre la muerte, la opinión de las masas, y muchas veces la de un mismo individuo, se inclina tan pronto á ver en la muerte un aniquilamiento absoluto, como á admitir que somos inmortales en carne y hueso, por decirlo así. Ambas creencias son igualmente falsas, pero en esta materia la verdad no está en un justo medio; hay que elevarse á un punto de vista superior, desde el cual dichas opiniones se desvanecen ellas solas.

Para comenzar, me mantendré en el terreno empírico. Nos encontramos primeramente con el hecho incontestable de que el hombre, en la conciencia natural que tiene de la muerte, no se limita á temer más que todos los otros males su propia muerte, sino también la de sus allegados, y evidentemente no los llora bajo la impresión egoísta de la pérdida que le representan, sino movido de piedad por la desgracia que les ha herido; prueba de ello es que califica de insensible y duro de corazón á quien no llora y sienta dolor en semejantes circunstancias. Como contraste y paralelo vemos al odio, llevado á su mayor extremo, buscar la muerte del adversario como el mayor mal que se le



puede infligir. Mudan las opiniones según los tiempos y los lugares; pero la voz de la naturaleza siempre y en todas partes es la misma y á quien debemos consultar es á ella. En lo concerniente al asunto que ahora tratamos, lo que nos dice es que la muerte es un mal supremo. En su lenguaje, muerte significa destrucción. Y puede deducirse que la muerte es, en efecto, cosa grave, del hecho de que la vida, por su parte, no es una broma. Parece que no merecemos nada mejor que esa vida y esa muerte.

En realidad, el temor de la muerte es independiente de todo conocimiento, pues el animal la teme sin conocerla. Todo ser viviente lleva en sí tal temor al venir al mundo, y este temor *a priori* no es sino el reverso de la voluntad de vivir, que es nuestra común esencia. Por eso el temor de la destrucción es innato en todos los animales, como el cuidado de la conservación, y ese temor y no el afán de huir del dolor es lo que se manifiesta en la circunspección inquieta con que el animal procura resguardar su individuo y más aún su progenitura, de todo lo que podría ofrecer peligro. ¿Por qué huye el animal? ¿Por qué tiembla y se esconde? Porque siendo pura voluntad de vivir y estando por lo mismo destinado á morir, quiere ganar tiempo.

Lo mismo le sucede al hombre. La muerte es para él el mayor de los males, la más terrible de las amenazas; no hay angustias que iguallen á las de la muerte. Nada despierta tan viva é irresistiblemente nuestra compasión como el ver á uno de nuestros semejantes en peligro de muerte, ni hay espectáculo más aterrador que el de una ejecución capital. Mas ese apego infinito á la vida que así se manifiesta, no puede venir de la inteligencia y la razón, y más bien debería parecerse absurdo después de reflexionar sobre él, pues

el valor intrínseco de la vida es muy problemático y por lo menos es difícil resolver si no valdría más no existir. Por mi parte creo que si la experiencia y la reflexión fuesen las llamadas á decidir, ganaría el pleito el no ser.

Llamemos á la puerta de los sepulcros; preguntemos á los muertos si querrian resucitar; es seguro que contestarán que no. Esta es la opinión de Sócrates en la Apología de Platón; el mismo amable y animado Voltaire no puede menos de decir: «Se ama la vida, pero la nada no deja de tener sus atractivos», y en otro lugar añade: «No sé lo que es la vida eterna, pero ésta es una broma de mal género.» Además la vida tiene, en todo caso, un fin próximo, de suerte que los pocos años durante los cuales somos, se desvanecen completamente en el tiempo infinito en que nos corresponde no ser.

Cuando se reflexiona sobre ello parece ridículo hacer tanto caso de un espacio de tiempo tan breve; temblar tanto cuando nuestra vida ó la de otra persona se hallan en peligro ó buscar en la tragedia el terror dramático exclusivamente en los resortes que nacen del miedo á la muerte.

Este inmenso apego á la vida es, pues, ciego é insensato; no se explica más que por la circunstancia de que todo nuestro ser es voluntad de vivir. La existencia, aun siendo tan corta é insegura y tan amarga como es, es su bien supremo, y aquella voluntad de vivir por su esencia y por su origen es inconsciente y ciega. La inteligencia, lejos de ser fuente de ese amor á la vida, trabaja para combatirle, mostrándonos el escaso valor de la existencia y contradiciendo así al miedo á la muerte.

Cuando la razón se sobrepone, cuando el hombre



desafia tranquilamente y con serenidad la muerte, su actitud se reputa noble y grande. Festejamos entonces el triunfo de la inteligencia sobre la ciega voluntad de vivir que, con todo, es la medula esencial de nuestra existencia. En cambio, cuando la inteligencia sucumbe en la lucha, cuando el hombre desea la vida á cualquier precio, se defiende encarnizadamente contra la muerte que ve llegar y se desespera al recibirla, le despreciamos (1), y, sin embargo, no hace más que manifestar la esencia universal de los hombres y de las cosas. ¿Y cómo—podría preguntarse incidentalmente—cómo el amor sin límites á la vida y la aspiración á conservarla por todos los medios y todo el tiempo posible, pueden ser juzgados sentimientos viles y despreciables? ¿Cómo los discípulos de cualquier religión los declaran indignos de sus creencias, si la vida es un don de los dioses, por el cual debemos agradecimiento á su bondad suprema? ¿Cómo puede parecer, en este caso, noble y grande, desdeñar el don?

Por el momento, las consideraciones que hemos expuesto demuestran: 1.º, que la voluntad de vivir es la esencia íntima del hombre; 2.º, que, en sí, esa voluntad es inconsciente y ciega; 3.º, que la inteligencia es primitivamente un principio extraño á dicha voluntad y que se junta á ella como una añadidura, y 4.º, que la inteligencia está en lucha con la voluntad de vivir y que nuestro juicio le otorga su aprobación cuando sale victoriosa.

Si lo que nos hace tan temible la muerte fuese el

(1) «In gladiatoris pugnibus timidos et supplices, et ut vivere liceat, obsecrantes etiam odisse solemus; fortes et animosos, et se acriter ipsos morti offerentes servare cupimus.» Ciceron, *Pro Milone*, c. 34.

pensamiento del no ser, el mismo tenor debería dominarnos al pensar en la época en que aún no existíamos, pues es indudable que el *no ser* que sigue á la muerte no puede ser distinto del *no ser* que precede á la vida, ni por tanto, de especie más temible. La eternidad que se deslizó mientras no existíamos no nos asusta nada, y, por el contrario, hallamos cruel y apenas podemos soportar el pensamiento de que tras el corto intervalo de esta existencia efímera debe venir una segunda eternidad durante la cual tampoco existiremos. Esta sed de vivir ¿puede venir de que habiendo gustado la vida la hallamos amable? Ciertamente que no, como hemos expuesto con brevedad antes; la prueba sería más propia para disponernos á lamentar profundamente el paraíso perdido del *no ser*. A la esperanza de la inmortalidad del alma se une siempre la de *un mundo mejor*, lo cual muestra bien claro que el nuestro no vale gran cosa.

La cuestión de lo que será de nosotros después de la muerte ha sido mil veces más agitada, en libros ó de viva voz, que la de lo que fuimos antes de nacer. Sin embargo, en teoría ambos problemas ofrecen el mismo interés y la misma razón de ser, y el que resolviera el uno no abrigaría dudas respecto á la solución del otro. ¡Cuántas admirables declamaciones poseemos, sobre lo repugnante que es admitir que el espíritu humano que abarca el universo y se levanta tan alto con sus sublimes concepciones, haya de ser sepultado con el cuerpo! De lo que nadie dice nada es de que ese espíritu humano haya dejado pasar toda una eternidad antes de aparecer sobre la tierra con todos sus atributos, y de que el mundo, durante toda esa eternidad, haya podido pasarse sin él. Con todo, no hay cuestión que más naturalmente se imponga á cual-



quier inteligencia no dominada por preocupaciones arbitrarias, que esta: Antes de mi nacimiento pasó un tiempo infinito; ¿qué era yo en todo ese tiempo? Metafísicamente se podría acaso contestar; yo era *Yo*, es decir, que todos los que durante ese tiempo decían yo, eran precisamente *yo*. Mas, por el momento, desde el punto de vista empírico en que nos hemos colocado, hagamos abstracción de tal respuesta y admitamos que no existíamos. En este caso, deberíamos consolarlos del tiempo infinito en que no existiremos, después de nuestra muerte, con el tiempo infinito en que no existimos, antes de nacer, puesto que se trata de un estado que debería sernos muy familiar y en que nos hemos encontrado á gusto.

La eternidad sin mí, *a parte post* no debería ser más aterradora que la eternidad sin mí *a parte ante*, puesto que no se diferencian una de otra más que por la intervención del ensueño efímero de la vida. Al mismo tiempo, todos los argumentos en favor de la continuidad después de la muerte pueden ser vueltos *in parte ante* y demostrarán entonces la existencia antes de la vida actual, admitida por brahmanistas y budhistas, en lo cual se muestran consecuentes. La doctrina kantiana de la idealidad del tiempo es la que resuelve todos estos enigmas, mas por el momento no hablaremos de ella. Lo que hasta ahora resulta de lo que venimos exponiendo es que tan absurdo es lamentar el tiempo durante el cual no existiremos, como lo sería lamentar aquel otro durante el cual no existíamos todavía, pues es indiferente que el tiempo no ocupado por nuestra existencia esté en relación de pasado ó en relación de porvenir con el momento en que existimos.

Aparte de estas consideraciones, es absurdo de

suyo creer que el *no ser* pueda ser un mal, pues el mal, como el bien, supone la existencia y la conciencia, la cual cesa con la vida, como cesa durante el sueño ó durante un síncope. Sabemos, pues, positivamente que el estado de inconsciencia no es doloroso, y que, en todo caso, el momento en que se produce es un breve instante. Desde este punto de vista considere la muerte Epicuro cuando dice: *la muerte no nos importa*, y añade como explicación que mientras existimos la muerte no existe y que cuando sobreviene la muerte, nosotros no existimos. (Diógenes Laertio, X-27.)

Perder una cosa cuya ausencia no podemos sentir, evidentemente no es un mal, luego el *no ser* futuro debería inquietarnos tan poco como el no haber sido. Para el conocimiento no hay razón alguna de temer la muerte, y como en el conocimiento es donde reside la conciencia, para ésta la muerte no es un mal. No es la parte conocedora del *yo* la que teme la muerte; *la fuga mortis* procede únicamente de la ciega voluntad de que está lleno todo ser viviente. Como he indicado ya, el temor de morir es inherente á esa voluntad, porque ella es voluntad de vivir, porque en su más íntima esencia está la aspiración á la vida y á la duración y porque la inteligencia no le pertenece desde su origen, sino que ha sido adquirida luego que aquélla se objetivó en una criatura racional. Cuando esta criatura, á consecuencia de dicha objetivación, ve á la muerte aniquilar este fenómeno con el cual se ha identificado y al cual se ve limitada, todo su ser hace una desesperada resistencia. Más adelante examinaremos si, en realidad, tiene algo que temer de la muerte, y entonces será preciso no olvidar el verdadero origen que hemos asignado al horror que nos inspira



la muerte, ni la distinción cuidadosamente establecida entre el elemento volitivo de nuestro ser y el elemento cognoscitivo.

Esta misma distinción sirve para darnos á conocer que lo que hace la muerte tan temible no es tanto la cesación de la vida, puesto que nadie puede considerarla digna de tal sentimiento, como la destrucción del organismo, que es la voluntad misma, manifestándose bajo la figura de nuestro cuerpo. Pero nosotros no sentimos, efectivamente, esa desorganización más que en los dolores de la enfermedad, de la vejez, cuanto á la muerte en sí misma no consiste para el *sujeto* más que en el instante en que la conciencia se desvanece á consecuencia de la paralización de la actividad cerebral. Esta paralización, que se propaga de allí á las demás partes del organismo, es, hablando con propiedad, un hecho posterior á la muerte. Considerada con relación al sujeto, ésta no concierne más que á la conciencia. Cada uno de nosotros puede darse cuenta, en cierta medida, de ese estado, durante el cual la conciencia ha desaparecido, por el momento en que nos vence el sueño, ó, mejor todavía, por lo que experimentamos al desvanecernos complementemente, pues en este último estado la transición es menos lenta y no se verifica mediante una serie de ensueños; el sentido de la vista es el que comienza por desaparecer cuando aún se conserva el conocimiento, tras lo cual repentinamente sobreviene la más profunda inconsciencia; la sensación, hasta donde puede comprobarse, no es desagradable, y puede decirse que, si el sueño es hermano de la muerte, la muerte y el síncope son hermanos gemelos.

La muerte, aun siendo violenta, no puede ser dolorosa, pues de ordinario no se siente inmediatamente

una herida grave; sólo se advierte un momento después de recibirla, y muchas veces únicamente por los signos exteriores. Si la herida es instantáneamente mortal, la conciencia habrá desaparecido antes de que nos demos cuenta de ella, y si no produce la muerte hasta pasado algún tiempo, entra en la categoría de las demás enfermedades.

Todas las personas que han perdido el conocimiento, bien en el agua, bien por efecto de los vapores del carbón ó por estrangulación, están contestes en que no sintieron dolor alguno. Si nos fijamos en la muerte natural, propiamente dicha, ó sea la muerte de vejez, la eutanasia, veremos que es un estado en que el hombre desaparece de la vida y se evapora gradual é imperceptiblemente. Con la edad, las pasiones y los deseos van extinguiéndose uno á uno, á medida que se extingue la receptividad para sus respectivos objetos; las emociones no encuentran ya estímulos, pues la imaginación va declinando, las imágenes palidecen cada vez más, su impresión dura poco y se va sin dejar huellas; los días precipitan su curso, los acontecimientos pierden su importancia, todo va borrándose. El viejo se mueve con pasos lentos y mal seguros ó descansa en un rincón; es la sombra de sí mismo, el fantasma de lo que en otro tiempo fué. ¿Qué le queda por destruir á la muerte en él? En un momento dado, su sueño será el último sueño y sus ensueños serán... Serán los que preocupaban ya á Hamlet en el famoso monólogo. Pero creo que ya los soñamos actualmente.

Debemos observar también que la conservación del proceso vital, aunque tenga una base metafísica, no se efectúa sin resistencia, y, por tanto, exige algún trabajo. A este gasto de fuerza sucumbe cada día el